

UN TRABAJO ACADEMICO
DEL
R. P. MANUEL JOSE PROAÑO S. J.

O SEAN

DOS VERSIONES, LA UNA LITERAL Y LA OTRA LIBRE

DE UNA ODA SÁFICA LATINA

DE N. SMO. P. LEON P. XIII

A LOS FRANCESES

PRECÉDELAS UN JUICIO CRÍTICO DEL ORIGINAL,
Y DE LAS VERSIONES PRESENTADO POR UN CATÓLICO,
AMIGO DE LA MUSA LATINA, A LA ACADEMIA
ECUATORIANA CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA

Manuel José Proaño, Carlos R. Febres y

Medardo Espín

Proa



QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

1897

Envío del autor

A C T A

DE LA

JUNTA ORDINARIA

QUE CELEBRÓ LA ACADEMIA ECUATORIANA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA
DE LA LENGUA EL DÍA JUEVES
3 DE JUNIO DE 1897

En Quito, Jueves 3 de Junio de 1897, se reunió la Academia en casa de su Director, D. Carlos R. Tobar y, presidida por él, comenzó la sesión con la asistencia de los Señores R. P. Manuel José Proaño, Q. Sánchez, Huo. Miguel, de las Escuelas Cristianas, y el Secretario que suscribe.

Aprobada el acta de la última Junta, se leyó el oficio de 27 de Mayo último del Sr. Director, contestando al que le había dirigido el Sr. Gobernador de esta provincia, relativo á la cuenta de las unidades de Aduana pertenecientes á la Biblioteca Nacional. La Secretaría observó que se alcanzase que aquel importante documento fuese elevado al Sr. Ministro de Instrucción Pública para que fuesen atendidas las justas reclamaciones de la Academia. Después de madura conferencia, se dispuso que la Junta pública y extraordinaria, que preceptúa el artículo 42 del Reglamento se efectúe el próximo día domingo, seis de Junio, en la cual debía leer el Secretario la Memoria ó relación de que habla el memorado artículo del Reglamento. Se acordó que á esta Junta fuesen invitados los Señores D. Leonidas Pallares Arteta y D. Juan Abel Echeverría, Académicos nombrados anteriormente, bien así como algunos amigos de los Señores Académicos, ya que por la falta

de local apropiado, como por otras poderosas razones, no podía darse á la Junta toda la publicidad apetecida.

Se acordó, finalmente, que, para amenizar el acto, declamase el R. P. Proano la magnífica versión que acaba de hacer de la clásica oda *á los franceses*, escrita por nuestro Santo Padre el Papa León décimo tercero. Se insinuó también el deseo de que uno de los Señores Académicos leyese en latín la sobresaliente producción del Sumo Pontífice reinante, bien así como la traducción parafrástica, á la lengua francesa, que de esta obra literaria ha hecho el erudito Padre Victor de la Porte de la Compañía de Jesús. Con lo cual se declaró terminada la Junta.

EL DIRECTOR,
Carlos R. Hobar.

EL SECRETARIO,
Roberto Espinosa.

NOTA.—El propio día designado en la anterior acta, se verificó la Junta extraordinaria de la Academia, con la asistencia de todos sus miembros y de algunos caballeros invitados, y se cumplió con cuanto se hubo acordado, como consta en el acta que se transcribe.



LA ODA SECULAR

DE

S. S. LEON XIII

TRADUCIDA POR EL R. P. MANUEL J. PROAÑO



SÓLO de tarde en tarde es dado á la mente tranquila y reposada, contemplar la plácida belleza de las inspiraciones con que las inteligencias superiores suelen revelar las dotes que las elevan sobre el común de los mortales.

Las abstractas lucubraciones del filósofo, las sagaces investigaciones del historiador, del naturalista; las variadas y amenas producciones literarias con que el orador, el poeta ora instruye, ora deleita, manifestaciones son de la potencia intelectual del hombre que así descubre los secretos de la ciencia, como da calor y vida á los sentimientos del corazón; pero que no siempre se enuncian con el atractivo de la *belleza* que caracteriza las producciones de los genios, de quienes se ha dicho *mediocribus esse poetis, non homines, non dii, non concessere columnæ.*

Justo temor y reverencia profunda embarcan el tardo curso de nuestra pluma, en presencia del atrevido ensayo á que nos estimula el entusiasmo producido por la lectura de la elevada poesía que el más alto y augusto personaje de la tierra, el inmortal León XIII, acaba de arrancar á la lira de oro que pulsaron los poetas inmortales del Lacio.

Carmen saeculare es el título de la clásica oda del Pontífice con motivo del décimo cuarto centenario del bautismo de Clodoveo, Rey de los Francos.

Este fausto acontecimiento en los anales de la Iglesia católica, conmemorado el 25 de Diciembre último por la gran Asamblea de Obispos reunidos en Reims, ha sido la feliz ocasión de que el octogenario Jerarca de la Iglesia evocara la inspiración que le fué familiar en sus lozanos días. La Musa cristiana, dócil al llamamiento del *Altísimo poeta*—émulo de los clásicos de la antigüedad, viene presurosa hacia Él y se desata en majestuosas armonías, dilatando hasta los confines de la tierra los bíblicos cantos que resonaron en las riberas del Mar Rojo;

Para valorar los quilates de subidísimo oro de la poesía de León XIII, y el pensamiento en ella desenvuelto, no creemos inconducente refrescar la memoria del entendido lector, con el recuerdo del grande hecho á que alude el soberano Pontífice.

Clodoveo, á quien se reputa por el verdadero fundador de la que fué monarquía francesa, había sucedido á su padre Childerico y extendido los dominios de Francia, aumentando

su poder con la expulsión de los Romanos que ocupaban las Galias. Sus primeras victorias fueron seguidas de otras que alcanzó sobre los Germanos; y cuando en 496 combatía Clodoveo en Tolbiac y sus tropas estaban á punto de huir sobrecojidas de temor, lanzóse resueltamente al combate, y levantando los ojos y las manos al Cielo, invocó la protección del verdadero Dios, al cual adoraba Clotilde, esposa de Clodoveo. “Señor, exclamó el Rey, cuyo poder me ha sido cien veces revelado como el primero en el Cielo y en la tierra sobre todos los dioses que hasta hoy he adorado: Dignate darme una señal visible de protección en el extremo peligro y angustia en que me encuentro; y si consigo esta gracia recibiré el bautismo para no adorar sino al Dios de mi piadosa esposa”. Luego que el Rey hubo pronunciado estas palabras que fueron escuchadas por un gran número de jefes y soldados, reanimáronse todos, y lanzándose con ímpetu al combate, alcanzaron la más completa victoria. Cuando Clodoveo entró en Reims, el Santo Obispo Remigio, le exigió cumplierse la solemne promesa que había hecho en el campo de batalla; á lo cual replicó el Rey asegurando que no vacilaba en ello; pero que teniendo un ejército numeroso, deseaba hacerle saber su resolución para que la aceptaran cuantos quisiesen seguir el ejemplo de su Rey. Al efecto hizo reunir á los soldados y á los más notables de la Nación francesa y les arengó con aquel acento de convicción profunda que rara vez deja de impresionar vivamente. Recordóles la peligrosa jornada de Tolbiac; la promesa que allí había

hecho al Dios de los cristianos, en presencia del consternado ejército, y el súbito é inesperado cambio que en consecuencia habia conseguido, tornándose en vencedores los que se hallaban á punto de ser vencidos. Las aclamaciones de la tropa interrumpieron el discurso del Rey; y como de común acuerdo exclamó el mayor número de los concurrentes, que también ellos renunciaban el culto de los dioses que habian adorado, para abrazar la fe de Jesucristo. Clodoveo y tres mil soldados de su ejército fueron bautizados por S. Remigio, quien al derramar las aguas regeneradoras sobre la cabeza del Rey; "Príncipe Sicambro, exclamó, inclina tu cuello al suave yugo de Jesucristo; quema lo que has adorado; adora lo que has quemado".

He aquí el argumento de la *Canción secular*, admirable y diestramente desenvuelto en la inspiración poética del Augusto Personaje de cuyo arrebatado vuelo á las regiones de la poesía y literatura cristianas, nos ha dado adecuada idea el mismo traductor de la poesía que nos ocupa. Su importancia y mérito mueven nuestra pluma, poniéndola en peligro de merecida crítica contra el incauto que la inenea....

Y, pues, los conceptos del R. P. Manuel José Proaño en un discurso con referencia á León XIII, nos le dan á conocer en su eminente condición de literato y poeta, no será inoportuno exornar nuestro pálido esbozo, con el galano rasgo del Académico ecuatoriano, en el discurso á que aludimos.—Helo aquí.

"En nuestro Padre Santo, en León XIII,
"resucita el siglo de Augusto, la edad de oro

“de la sabia lengua de la Iglesia. Leed y examinad sus discursos tan variados y tautos: leed y examinad sus cartas á todo el Orbe católico: estudiad y analizad una sola de sus inspiraciones poéticas, y hallaréis, sin duda, en ellas la pureza de dición de un Latancio, el número y cadencia de un León Magno, la lógica inflexible de un Agustín, el fuego y animación de un Crisóstomo, la ternura y suavidad de un Bernardo, la profundidad y precisión de un Boccio . . . ¡ Padre Santo! exclama el orador: perdonad á este último hijo de la Iglesia el haber llamado vuestro elevado espíritu y sublime inspiración al tertono de la literatura para examinaros en él: muy tarde soy y no puedo seguirlos en vuestros más altos vuelos. Pero recordad que nuestro libro divino—la Biblia—también desafia con gloria al mundo literario, presentándole inmortales tipos de belleza en los profundos discursos de Job, en los arranques líricos de David, en la arrebatada elocuencia de Isaías, en los acentos de sublime dolor de Jeremías, en la riqueza y abundancia de Ezequiel, en la sublimidad y sencillez de nuestros Evangelios. Entre tanto, vosotros, hijos acariciados de la Musa cristiana, vosotros, amantes de las bellas letras, descendid vuestras guirnéldas, tomad vuestras palmas y arrojadlas á los pies de ese Anciano Venerable, de León XIII, del Pontífice justamente apellidado — *Lumen in coelo*”.

Tales fueron los conceptos de nuestro compatriota, acerca de la personalidad literaria del gran Pontífice reinante. Pretensión imperdo-

nable y estéril sería añadir una sola palabra á lo dicho por quien tiene envidiables ejecutorias en la literatura así antigua como en la moderna. En consecuencia, limitemos ya nuestro esfuerzo á algunas apuntaciones concernientes á la versión española de la poesía de León XIII.

Escollo asaz peligroso y no por muchos salvado es el traducir las obras poéticas, de cualquier género que sean. Aparte de las dificultades provenientes del pensamiento ó sea de la importancia *subjetiva* con que toda obra literaria está vinculada á su autor, revelando su fisonomía moral y psicológica en las múltiples manifestaciones de la idea; hay que tomar en cuenta las no menores que el traductor tiene que vencer, procedentes de la índole propia de cada idioma.

Por abundante y rica que sea una lengua en voces sinónimas, es indudable que son sumamente escasas y casi *únicas* las palabras que enuncian una idea con la *precisión, claridad y energía* indispensables para la correcta *elocución poética*. Sin ella no es posible pretender que las ideas y pensamientos del poeta, revistan la importancia que caracteriza el mérito intrínseco de una composición literaria, digna de este nombre.

De aquí el deber imprescindible en que se halla todo traductor, de medir sus fuerzas, no sólo en orden al idioma original, sino también respecto del en que trata de verterla, cuidando escrupulosamente que el pensamiento no pierda un ápice de su importancia real, ni exagerar ésta dándole mayores dimensiones de las que corresponden al tipo y ejemplar pri-

mitivo. Tanto ha de cuidar el traductor de no encumbrar demasiado el vuelo, como de no abalirlo; y basta un epíteto, un tropo ó una perífrasis más ó menos estrictamente ajustada al original, para que éste pierda la precisión y energía de los pensamientos ó la delicadeza de la expresión, con detrimento del autor y con peligro de que se vea pasivamente, y mal de su grado, vestido al antojo del traductor generoso:

Reparos de cuenta son estos comunes á todo idioma, y sube de punto su importancia en tratándose de la lengua latina. Cualquiera que conozca medianamente la naturaleza de este sabio idioma y se hallé en aptitud de comprender la maravillosa concisión cadenciay simétrica disposición de las palabras, cuyas sílabas tienen el valor prosódico que corresponde á los pies *dáctilos*, *espondeos*, *pirriquios*, *coreos*; *etc.*; *etc.* que se combinan simétricamente en los diferentes géneros de la métrica latina, conocerá también, cuán difícil es conservar en la versificación castellana, la misma concisión y claridad con que el latín enuncia un pensamiento, contenido muchas veces, en brevísima frase.

Dependen comunmente de esta singular concisión, que estrecha en círculo de hierro al más diestro traductor, los defectillos que la fácil y mordaz crítica de preceptistas acompasados y mezquinos, huelga de abultar en trabajos de este género, emprendidos por traductores de indisputables ejecutorias en los vastos dominios de las letras humanas.

¿Qué entienden los pretensiosos y desautorizados zoylos que abundan en el día, qué

entienden acerca de la ventaja que la poesía latina hace á la castellana, en el rigor y exactitud de sus concordancias, en la supresión de los artículos, en la maravillosa complexión y silepsis de las construcciones, en la rotundidad y cadencia de la versificación, tan distinta de la nuestra ?

En la métrica latina no hay la dura ley del consonante, que no pocas veces obliga al angustiado traductor, (si se ha propuesto traducir en estrofas cerradas), á emplear en el final de un verso, la palabra cuya consonancia, acaso única, adivina el oído del versado lector. Derívanse de esta dura ley los pleonasmos y rípios que los diligentes *barredores* de las antecámaras de Apolo, recogen con diligencia suma para presentarlos al erinado dios, en vía de alegato del mérito de labor tan profícua, no menos que para disputar el título de poetas, aun á los que tienen la dicha de serlo verdaderamente.

En la poesía latina no hay tampoco el intruso y porfiado asonante que tanto daño hace á la eufonía y cadencia del sonoro verso castellano; en tanto que abunda en licencias poéticas y en recursos que facilitan la distribución simétrica de las palabras ó pies, ya con la libertad (inusitada en las lenguas modernas) de añadir al principio, al medio ó al fin de los términos que lo comportan partículas conjuntivas, disyuntivas y copulativas, y á veces puramente enfáticas, las cuales sin detrimento de la claridad, contribuyen á dar elegancia, delicadeza y gracia á la elocución poética de este sabio idioma. Nada de esto es común á la

poesía castellana; y por lo mismo el traductor de una poesía latina tiene que ser tanto más prolijo y atildado, cuanto más acreditado sea el autor cuya obra traduce, y el ejemplar llamado á perpetuarse con nueva vida, por quien pudiera ser justamente calificado de *alter ego* del poeta original.

Las observaciones precedentes que se refieren tan sólo á la *forma*, pudieran, no obstante su importancia, ser estimadas como incidentales, al compararlas con las que atañen al *fondo* de una obra poética, ó sea al pensamiento dominante, que informa toda poesía, digna de este nombre. No es del caso detenernos en este ocasional y rápido estudio, en traer á cuenta los preceptos que el arte quiere se tengan presentes en la disposición de la idea fundamental, objeto de la inspiración del poeta. Muy elementales son las nociones de la retórica á este respecto, para que incurramos en la puerilidad de fatigar la memoria con reminiscencias que ya han surcado con nosotros las silenciosas aguas del Leteo. . . . De otro lado, ninguno de los favoritos de las musas ignora cuán diferentes impresiones estéticas causa una composición estudiosamente ajustada á los preceptos de una pedagogía demasiado exigente, respecto de otra en que la inspiración del poeta, desplega sus alas y se remonta con seguro vuelo á las regiones de la luz; salvando el espacio y haciéndose inaccesible al corto radio visual del miopismo de escuela, que así encarece el *mérito* de una poesía por estrictamente ajustada á las reglas, como condena desdenosa la belleza de otra, en que el genio mis-

mo se hubiese aproximado al foco de luz eterna:

La fecundidad del tema nos va haciendo trasponer los límites en que debía encerrarse nuestro escrito, cuyo objeto único es justificar las gratas impresiones que á no dudarlo, causará al ilustrado y *ortodoxo* lector la *Oda secular* traducida por el R. P. Proaño. Y hemos dicho *ortodoxo lector*, porque sin esta condición, sería excusado esperar que la poesía pontificia halle la acogida y respeto que le corresponden. La ausencia del sentimiento religioso, luz resplandeciente que ahuyenta las tinieblas de pavorosa noche que envuelve la mente del escéptico, impediría compenetrar la profundidad de la inspiración poética de León XIII. Su trascendental objeto no puede menos de estar en consonancia con el elevado carácter y salvadora misión del Supremo Jerarca de la Iglesia, que á ejemplo del Divino Modelo, llama y convida á la *Hija Primogénita* del cristianismo á volver al aprisco en que se asiló catorce centurias, y le estimula con el recuerdo de sus días tanto más gloriosos cuanto más lejanos, á fin de que realizándose el ideal del Evangelio, respecto de la Nación fundada por Clodoveo, *fiat unum pastor et unum ovile*.

¿Qué objeto más digno de la inspiración del Pastor Universal de la grey cristiana que, desarugando el ceño severo del Maestro y Doctor infatigable, se atavía con el vistoso arreo de poeta evangelizador y meneá plectro de oro, arrancando conmovedores sonos, muy capaces de juntar piedras en mala hora disper-

sas, para reconstruir con ellas la mística ciudad de Dios?

Bien, muy bien ha hecho el traductor de la bellísima poesía del Papa, al ensayar su no esquivo numen, trasladándola á nuestro hermoso idioma, en lenguaje no menos digno de su tipo original.

Vamos á concluir; pero injusticia y deficiencia notoria sería no agregar cuatro palabras acerca del mérito y congruencia de la traducción española, digna del académico á quien, en nombre de las letras patrias, tributamos debidas gracias por la valiosa joya literaria con que nos ha obsequiado.

Tres ejemplares, á cual más satisfactorio, han salido de la fecunda pluma del traductor, en la versión de la *Oda secular* del Sumo Pontífice.

La primera en silva; la segunda en versos castellanos, y la tercera en sáficos. Tomamos intencionalmente la primera que es la que se dignó el autor poner en nuestras manos. En esta versión se ha elegido la silva, distribuida en estancias, correspondientes á cada estrofa de sáficos latinos. No sabríamos decir á ciencia cierta, si el pensamiento contenido en la primera estrofa del original, que el traductor interpreta en siete versos alternados, entre endecasílabos y eptasílabos, ha ganado en su desarrollo y entonación poética, con el aditamento de la suave y armoniosa cadencia de nuestro rico idioma. Mas sea por efecto de lo numeroso del verso castellano, ó por el corte clásico de la estrofa y versificación española, mejor suena á nuestro oído y más nos agrada

la silva distribuída en estancias, aun cuando no forme estrofas cerradas, que las no menos armoniosas y de incuestionable mérito, del segundo ejemplar, en que el traductor ha querido ceñirse estrictamente al número de versos del original.

El mérito de esta segunda forma respecto de la primera, consiste á nuestro juicio en la magnífica complexión de la frase, que, sin mengua de la concesión y claridad, condensa el pensamiento y le asimila estrictamente al original.

Respecto del tercer ejemplar de la traducción en versos sáficos, no puede ser más conforme al tipo, así en el fondo como en la forma. Pero no obstante lo musical de la estrofa y la claridad del concepto, parecemos que la misma cadencia propia del sáfico castellano y su monotonía tan acompasada como el martilleo de nuestra octava real, es menos congruente con la seriedad y elevación del pensamiento pontificio, cuya manifestación externa debe estar en estricta armonía con su importancia ideológica. Tan impropia sería la versificación fluida y rápida del octosílabo para un asunto elevado como la monótona y amenarada de nuestro desusado alexandrino, para otro chispeante y empapado en el *dulce facetum* que dice Horacio.

Entrar en la análisis de algunas magníficas y felicísimas estrofas de la traducción castellana, sería disputar al lector la grata impresión que su lectura ha de causarle. Demasiado nos hemos detenido ya en este grato estudio que nos ha permitido espigar algún tanto

en el fecundo y ameno campo de las bellas letras.

Sirva de disculpa de nuestros errores y desautorizados conceptos, la gratísima impresión y religioso entusiasmo que en nosotros ha excitado la atenta lectura, así de la traducción como del original emanado de la veneranda y augusta persona de Nuestro Inmortal y glorioso Pontífice.

Quito, Febrero 28 de 1897.



CARMEN SÆCULARE

Vivat Christus
Qui diligit Francos!

OB MEMORIAM AVSPICATISSIMI EVENTVS
QVVM FRANCORVM NATIO
PRAEVENITE CLODOVEO REGE
SE CHRISTO ADDIXIT.

I

ODE

Gentium custos Deus est. Repente
Sternit insignes humilesque promit:
Exitus rerum tenet atque nutu
Temperat aequo.

Teutonum pressus Clodoveus armis,
Ut suos vidit trepidos pericli,
Fertur has voces iterasse, ad astra
Lumina tendens:

Dive, quem supplex mea saepe coniux
Nuncupat Iesum, mihi dexter adsis:
Si iuves promptus validusque, totum
Me tibi dedam.

Illico excussus pavor: acriores
Excitat virtus animos; resurgit
Francus in pugnam; ruit, et cruentos
Disiicit hostes.

CANTO SECULAR

Viva Cristo, que ama
á los francos.

EN MEMORIA DEL MUY FAUSTO DIA
EN QUE LA NACION DE LOS FRANCO
A EJEMPLO DE SU REY CLODOVEO
ABRAZÓ LA FE DE JESUCRISTO

I

VERSIÓN LITERAL

Dios á los pueblos guarda. De improviso
Derroca al fuerte y al humilde eleva:
Su providencia justa
A cierto fin lo mal seguro lleva.

De poderosa fuerza en fiero alarde,
Estrechaban á Clovis los germanos:
Clovis levanta al cielo
Húmedos ojos, suplicantes manos.

"Numen, exclama, á quien ni buena esposa
"Nombra Jesús, si atiendes á mi ruego
"Y me salvas propicio,
"A ti, lo juro, cuanto soy me entregó."

Huye el temor: renace la esperanza:
Nueva virtud los ánimos alienta;
Y al germano aterrado
En generosa lid el franco ahuyenta.

Victor i, voti Clodovee compos,
Sub iugo Christi caput obligatum
Pone; te Remis manet infulata
Fronte sacerdos.

Ludor? en signis positis ad aram
Ipse rex sacris renovatur undis,
Et cohors omnis populusque dio
Tingitur amne.

Roma ter felix, caput o renatae
Stirpis humanae, tua pande regna:
Namque victrices tibi sponte lauros
FRANCIA defert.

Te colet matrem; tua maior esse
Gestiet natu: potiore vita
Crescet, ac summo benefida Petro
Clara feretur.

Ut mihi longum libet intueri
Agmen heroum! Domitor ferocis
Fulget Astolli, pius ille sacri
Iuris amator.

Remque Romanam populantis ultor,
Bis per abruptas metuendus Alpes
Irruit, summoque Petro volentes
Asserit urbes.

Laetus admiror Solymis potitas
Vindices *sacri tumuli* phalanges:
Me Palaestinis renovata campis
Proelia tangunt.

O novum robur celebris puellae
Castra perrumpens inimica! turpem
Galliac cladem repulit Joanna
Numine freta.

O quot illustres animae nefanda
Monstra Calvini domuere, gentem
Labe tam dira prohibere fortes
Sceptraque regni!

De Cristo al yugo la cerviz inclina,
¡Oh Vencedor! Ve á Reims: allí ceñido
De mitra el Sacerdote
Ansioso aguarda al vencedor, rendido.

¿Me engaño? Ante las aras los trofeos
Depone el Rey y pueblo allí agrupado:
Fluyen mil ondas claras
Que limpian de las almas el pecado.

¡Roma feliz mil veces! Tú, cabeza
De nuestra redimida estirpe humana,
Dilata ya el imperio
Que hoy inmortalizó Francia cristiana.

Tú su Madre serás: tendrá ella á gloria
El ser tu Primogenita: robusta
Crecerá en las ciudades,
Honrando á Roma y á la Sedc Augusta.

¡Oh, qué de héroes espléndida corona...!
Entre ellos miro al Defensor piadoso
De sagrado derecho,
Ante quien cac Astolfo, rey odioso.

Dos veces invencible venga á Roma,
Traspassando los Alpes escarpados,
Y de Pedro á la herencia
Pueblos allega mil afortunados.

¡Y cuán gozoso admiro aquellas huestes
Que, del *Santo Sepulcro* salvadoras,
En Palestina fueron
De la infeliz Salén conquistadoras!

¿Quién es aquella de virtud portento,
Que de la Galia borra vil afrenta?
Es Juana de Arc; su brazo
Para terror de *la Isla* Dios sustenta.

¡Y qué de atletas vigorosos lidian
Con ese dc Calvino, monstruo infando;
Del reino así los ectros
De tan odiosa mancha depurando.

Quo feror? tempus redit auspicatum
Prisca quo virtus animis calescat.
Ecce, Remensis ciet atque adurget
Corda triumphus.

Gallicae gentes, inbaris vetusti
Ne quid obscuret radios, cavete;
Neve suffundat malesuadus error
Mentibus umbras.

Vos regat Christus, sibi quos revinxit:
Obsequi sectis pudeat probrosis;
Occidat livor, sociasque in unum
Cogite vires.

Sacula vis septem calor actuosae
Perstitit vitae, renuens perire:
Currite ad Veslam¹: novus aestnabit
Pectore fervor.

Dissitis floret magis usque terris
Gallicum nomen: populis vel ipsis
Atsit Eois, Fideique sanctae
Vota secundet.

Nil Fide Christi prius: hac adempta
Nil diu felix. Stetit unde priscæ
Summa laus genti, manet inde iugis
Gloria Gallos.

LEO XIII.



1. Flumen alluens Remos, ubi rei christianae apud
Francos dedicata sunt initia.

¿A dó me lleva el astro? Hoy la memoria
De los triunfos de Reims al galo infunda
Nuevo vigor y brío,
Y la esperanza por doquier difunda!

Franco, catad no su guarida busquo
Añejo error en vuestras sabias montes;
Ni ofusquen pavorosus
Vuestro antiguo esplendor sombras recientes.

De Cristo sois: no sostener de Cristo
La corona imperial es mengua vuestra...
Atrás el odio: unida
Lanzad la fuerza toda á la palestra.

Catorce siglos circuló la vida
En vuestro seno... ¡y resistió á la muerte!
¿Quereisla renovada?
Corred al *Vesla*, y surgirá más fuerte.

De polo á polo sin cesar resuena
De la Francia cristiana el claro nombre:
¡Oh, al ocaso y oriente
Brille también y al porvenir asombre!

Preferible á la Fe nada hay: un pueblo
Sin ella luengos días no prospera:
De dó le vino el timbre,
Allí gloria inmortal á Galia espera.

LEÓN XIII.



CANTO SECULAR

II

VERSIÓN LIBRE

Dios guarda á las naciones.
En hora no pensada
Derriba al fuerte y al humilde eleva:
Y en sabia providencia
Ya su justicia airada,
Ya su blanda clemencia,
A cierto fin lo mal seguro lleva.

Orgullosa el germano
Con sus armas deslumbra á Clodoveo:
Tiemblan los francos, tiembla el gran caudillo,
Que alzando á Dios la mano
E inundados en lágrimas los ojos,
En acento sencillo,
Presenta á Dios su férvido deseo.

“Numen, le dice, á quien mi buca espaa.
“En plegaria amorosa,
“Nombra Jesús, asísteme propicio:
“Si me oyes y un milagro
“De tu poder me salva, á Ti, lo juro,
“Mi alma, mi vida, cuanto soy consagro.”

Huye el temor, renace la esperanza;
Nueva virtud los ánimos alienta. . . .
Ya el franco audaz se lanza,
Y al germano aterrado
En generosa lid rompe y ahuyenta.

Victorioso Sicambro, lo juraste,
De Cristo al yugo la cerviz inclina:
La Religión divina
Te llamó ¿la escuchaste?
Vé á Reims: allí ceñido
De mitra el sacerdote
Ansioso aguarda al Vencedor, rondido.

¿Mo engaño? Ante las aras
Dépone el Rey la espada triunfadora...
Fluyen mil ondas claras
Del agua santa, regauradora
Que limpia del pecado
Al Rey, y Corte, y pueblo allí agrupado.

¡Roma! feliz mil veces! Tú, enbeza
De estirpe renacida,
Tu eterno imperio á dilatar empieza:
Que á tí Francia rendida,
En verde lauro de inmortal victoria
Prendate da también de tu alma gloria.

Tú su Madre serás: élla su timbre
En ser tu Primogénita cifrando,
Con vida más robusta
Crecerá, crecerá gloriosa siempre,
Honrando á Roma y á su Sede augusta.

¡Oh! ¡cómo me extasta
De mil héroes la espléndida coronal
Entre ellos miro al defensor piadoso
De sagrado derecho que al tirano
Feroz de Lombardia,
En memorable lid vence y destrona.

Dos veces él, tremendo,
De los Alpes fragosos descendiendo,
En sublime coraje
Venga de Roma el oprobioso ultraje:
Y de Pedro á la herencia
Pueblos allega que de amor ardientes,
A Pedro inclinan las festivas frentes.

¡Y cuán gozoso admiro
Las del *Santo Sepulcro* salvadoras
Huestes que de Salén conquistadoras
En Palestina fueron
Terror al musulmán, honra al cristiano!

¡Oh singular doncella,
De inaudita virtud nuevo portento!
¡Vedla! con qué ardimiento
Los tercios enemigos atropella....!
¡Es Juana de Arc! Sustenta
Su brazo Dios, cuando de Galia borra
Con enemiga sangre vil afrenta.

¡Y qué de generosos
Espíritus contemplo domeñando
Al de Calvino audaz, monstruo nefando,
Y del reino los cetros
De tan odiosa mancha depurando!

¿A dónde voy? El día
Torna feliz en que memoria pia
De los triunfos de Reims al galo infunde
Nuevo vigor y brío,
Y de nuevas victorias
Nueva esperanza por do quior difundo.

Francos, cañad no ofusquen
Vuestro antiguo esplendor sombras recientes,
Ni en vuestras sabias mentes
Viejos errores su guarida busquen.

De Cristo sois, de Cristo!
Su diadema imperial joya es preciada
De Luzbel disputada:
No defenderla es mengua....
Atrás el odio.... Un corazón y lengua
Al combate aprestad, con vuestra espada.

Galos, por vuestras venas
Catorce siglos circuló la vida
Del cristianismo... ¡y resistió á la muerte!
¿Queréisla renacida?
Corred al *Vesla*, y surgirá más fuerte.

De Francia el claro nombre
De polo á polo sin cesar resuená....
¡Brille también y asombre
Al ocaso y oriente,
Dócil al ruego de mi voto ardiente!

Nada antes de la Fe: sin ella nada
Luengos días prospera.
De do á la antigua gente
Vino el renombre, allí más esplendente
De gloria el sol eterno á Italia espera.

LEON XIII.



APENDICE

BREVE MEMORIA

LEIDA POREL SECRETARIO DE LA ACADEMIA
EQUATORIANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL
ESPAÑOLA, EN LA SESION PÚBLICA
DEL DOMINGO 6 DE JUNIO DE 1897

Señores:

El artículo 42 de nuestro Reglamento me impone el deber de informaros acerca de las adquisiciones de obras literarias que haya hecho la Academia y de las labores que lleva entre manos. Voy á cumplir á la brevedad posible, con ésta que tengo como sagrada obligaci6n.

Pasados los días de larga, porfiada lucha entre los contrapuestos bandos políticos, y serenado algùn tanto el horizonte de la Patria, ha proseguido la Academia Ecuatoriana sus tareas literarias, no sin vencer dificultades creadas por la misma anormal situaci6n que atravesamos. Pero ni la escasez de recursos que, de tres años atrás, viene soportando, ni la disgregaci6n de algunos de nuestros compaÑeros, ya por muerte, ya tambi6n por ausencia inopinada, han sido parte á producir la parálisis literaria en quienes componen actualmente este respetable Cuerpo.

En nuestras ordinarias reuniones de cada semana, se leen, se analizan, se discuten las producciones presentadas por los Señores Académicos, como en reuni6n de familia íntima y fraternal. Entonces ¡cuán grato es al espíritu escuchar la voz amiga, animada por ímpetu noble y

levantado, sea voz de elocuente orador, de inspirado poeta ó de hábil y galano prosador, pero que siempre es voz tierna é insinuante de la amistad que regala nuestros oídos! Hay en esto, Señores, cantos, y armonías y rumores deliciosos, muy distintos, ciertamente, de los acentos que afuera escuchamos. Estos son voces, las más voces, á modo de protesta de naturalezas rebeldes que se sublevan; otras, gritos estridentes de cólera y de odio que llovan sana implacable del hermano contra el hermano, ó imprecaciones impías contra lo más respetable y santo. . . . Pero el rencor del adversario y el encouo del partidario, que se agitan, luchan sin tregua y se destrozan, nunca traspasan nuestros umbrales: aquí, en este recinto, ha de reinar siempre serenidad plácida, fraterna correspondencia y afecto como de hermanos. "Llegan hasta estas puertas—os diré con un ingenio de estos tiempos—mas no traspasan sus umbrales, las ambiciones desapoderadas y las codicias sedientas, y el engaño alevé y el impudente descaro que crece fuera de aquí y se señorea de los hombres en estos míseros tiempos". Aquí, Señores, huímos de ese mundo alborotado y tumultuoso y; como en sagrado inaccesible, nos refugiamos en este recinto donde moran la paz, la serenidad y el amor recíproco. . . . Alguien dijo, que se puede ser rey por el nacimiento, por la espada, por el oro: tengo para mí que también se puede ser rey por el menosprecio de las vanidades que muere y de las maledicciones que pasan.

Con tesón, con ahínco he pleiteado la causa de la Academia ante los altos funcionarios de la Gobernación, y—pena me da noticiaros cuál ha sido el resultado de mis instancias—; si alcancé promesas y concebí esperanzas, que me halagaron un día, vilas desvanecidas al siguiente. Así, por la inopia en que nos hallamos, no hemos podido—aunque con vehemencia lo deseamos—hacer

honras fúnebres y dedicar sesiones públicas á algunos de los esclarecidos Académicos, ya difuntos, mostrándonos acaso, á ojos extraños, ingratos y olvidadizos, que como tales nos han tachado ya algunos órganos de la prensa nacional.

Mantenemos correspondencia con la Academia madre de España, de quien recibimos con frecuencia estimables obras literarias que vienen á enriquecer nuestra escasa biblioteca. Aunque de tarde en tarde, recibimos también los trabajos literarios de algunas de nuestras Academias hermanas de la América del Sur.

Con entusiasmo y labor perseverante emprendimos, cinco años há, la publicación de la *Antología ecuatoriana*, para dar á conocer, á propios y á extraños, las riquezas de la literatura patria, y los nombres de los escritores que con más brillo la han cultivado. Tres volúmenes han visto la luz pública, debidos, los dos primeros y en buena parte, al empeño y dedicación de nuestro inolvidable compañero Juan León Mera. Mera, Señores, de quien siempre hablo con un cariño rayano del respeto, y con quien desde muy antiguo me unía estrecha, fraterna amistad, que nunca, ni la oposición quizá de nuestros caracteres, ni la divergencia de nuestras opiniones políticas, pudieron amenguarla; que suele ser necesario antecedente para avigorar los amistosos vínculos cierta divergencia en principios y tendencias. El tomo tercero debemos al afán del respetable y erudito Académico don Pablo Herrera, ausente también de nuestro lado por ley fatal de la vida, que bajó al sepulcro con la aureola de sus merecimientos como literato y hombre de Estado.

En prensa está, de tiempo atrás, el tomo cuarto de aquella publicación, y no podemos rematarlo por las dificultades que conocéis. Hay treinta y cinco pliegos tirados, y se suspendió la impresión cuando se comenzaba á escribir las

producciones del gran patricio, del esclarecido Rocafuerte. Materiales hay, y sobrados, para el tomo quinto, el cual debo arrancar desde mediados del siglo que ya muere, hasta los días presentes. En dicho tomo han de figurar los nombres de José Modesto Espinosa y de Montalvo, de García Moreno y Espinel, de Mariano Cueva, de Riofrío, de Mera y de Mestanza, de Benigno Malo, González Suárez, los Yerovis y Francisco J. Aguirre, los dos Borreros, Rafal Borja, los Arizagas y ciento más cuya enumeración sería harto prolija. Y no deben sorprender los nombres que acabamos de anunciar. Nunca hacemos odiosas distinciones; nada de eso: en nuestra obra han de figurar—cual si dijésemos en la arena política tirios y troyanos—personalidades que militaron en contrapuestos bandos, que buenamente se entienden en el sereno campo de las letras. Lo bueno y excelente hemos de tomar siempre donde quiera que se halle y, con merecido encomio, hemos de entregarlo á la corriente de la publicidad.

Bien conocéis que es aspiración legítima, por el engrandecimiento de la patria cenatoria, la que nos anima al continuar en esa labor; por lo cual presumo que se halla el Estado en el deber de amparar y proteger el principal centro literario que tenemos, como quiera que el grado de civilización de un pueblo ha de valorarse por la mayor ó menor instrucción y cultura de sus ciudadanos. Con tales determinaciones, y con la memoria de los pasados días, ¿no es justo que nos indemnicemos de los no muy gratos y llevaderos que ahora nos visitan? Así que, bien está—aun en medio de la pugna y del constante sobresalto que nos aqueja—el que hayamos acumulado copia de estimables escritos que, más tarde y en días serenos, darán, con su publicidad, prestigio á la República y alta nombradía á sus autores.

Seame permitido enumerar algunos de los

trabajos inéditos de los Señores Académicos que hoy residen en la Capital, ya que no sólo es punto pertinente á mi propósito, más también asunto principalísimo.

El Sr. Director lleva entre manos un extenso y bien meditado trabajo, cuyo título es, "Consultas del Diccionario de la lengua", que comenzó á publicarse en las *Memorias* de nuestra Academia. Las "Lecciones de Literatura" que el autor-catedrático propietario de esta asignatura en nuestra Universidad—daba á sus discípulos, y que una parte de ellas se publicó en los "Anales de la Universidad", es obra de mérito reconocido. Fué el iniciador de serios estudios de la historia patria, nuestro inolvidable compañero el Dr. D. Pedro Formán Cevallos, quien acometió con labor prolija y rara constancia empresa tan ardua. Nuestro Director lleva entre manos, como continuador de Cevallos, el "Breve resumen de la Historia del Ecuador", desde el año de 1845 hasta nuestros días. Cuál sea la valía de este excelente trabajo nos lo aseguran la consagración y aptitudes de quien ha acometido empresa tan dificultosa.

"En el flujo y reflujo constante de ideas que trabaja á nuestro siglo, dice un escritor célebre, los escritos que despiertan la inteligencia moviéndola á pensar y excitándola á discurrir sobre asuntos de común provecho, son útiles por igual á las costumbres y á las letras". Estas ideas se nos vienen á la memoria cuando abrimos cualquiera de los volúmenes del "Curso de Filosofía escolástica", de nuestro respetable compañero el R. P. Manuel J. Proaño. A la ejecutoria de profundo filósofo, agregar debemos la de maestro en el lenguaje: allí están, como prueba inconcusa, sus notables discursos, pronunciados ora en la cátedra sagrada, ora también en la Academia donde campean, junto con los vuelos de su poé-

tica fantasía, la parea y el buen gusto literario, antecedentes que marcan, en todas sus obras, el sello de la elocuencia. Debemos enumerar también su libro intitulado: "Observaciones á la duodécima edición del Diccionario de la lengua castellana". Este trabajo, bien así como los de igual linaje de los Señores Director, Vázquez y Sánchez, serán recibidos con entusiasmo, no lo dudemos, por la Real Academia Española.

El Académico Sr. D. Quintiliano Sánchez tiene concluidas las obras siguientes: "Estudio sobre voces del Diccionario de la lengua", relativo á las letras iniciales *b* y *v*". "Artículos literarios"; "Epístola y Arte poética de Horacio", puesta en prosa latina, correlativa de la traducción castellana, para uso de los colegios de enseñanza. Un tomo de poesías de varios géneros, y, finalmente, la Leyenda, ó más bien poema, intitulada "El Padre Almeida", obra que, publicada, dará merecida gloria á su autor, no menos que su libro, "Pensamientos y observaciones sobre el arte y la moral".

El virtuoso, abnegado y modesto Hno. Miguel de las Escuelas Cristianas, ha contribuido, cual ningún otro ecuatoriano, á mantener la verdadera y cristiana instrucción entre los niños, con sus textos de enseñanza, conocidos y estimados dentro y fuera de la República, y aceptados, con merecido encomio por el Consejo General de Instrucción pública. A las muchas obras de esta índole que lleva publicadas, tenemos que agregar sus cinco tomos que comprenden lo siguiente: "Compendio de Gramática castellana teórico-práctica, dividido en tres partes; "Radimentos de Gramática castellana", en dos tomos; "Gramatiquilla infantil", y "Elementos de Literatura", con trozos escogidos en prosa y en verso de autores españoles y americanos.

En la copia de obras que acabo de enumerar,

ha de hallarse el buen gusto y el recto criterio de la verdad, junto con los vuelos de la ardorosa fantasía. Felicitémoslos, Señores, porque entre nosotros hay todavía quienes, ajenos á las turbulencias políticas, mantienen vivo el fuego de la inspiración que da prestigio y houra á la República. No se os oculta que el grande, angusto encargo que tenemos es—no solamente los que aquí estamos congregados sino todo hombre en cuya frente brillen destellos de inteligencia y luz como del ciolo—contribuir á que la verdad, y la bondad y la belleza purifiquen al humano linaje, y lo ennoblezcan y lo realcen y lo coronen de gloria y lo hagan digno de sus eternos destinos.

Roberto Espinosa.

